

## LAS TRISTES LUCES ARTIFICIALES

Leonardo David Irra Ochoa

No entiendo por qué, con tanta edad, todavía los asuntos de las fechas y de amores me parecen tan melancólicos; y digo melancólicos por no decir románticos; es que una vez mi amigo Alberto, el mismo día en que nos paseamos por la avenida más famosa de la ciudad y que comimos (mientras el tiempo estaba tan gélido) churros con azúcar, me dijo que no cayera de nuevo en el sentimentalismo que las mujeres, la soledad de una sala y las lucecitas de navidad que se compran con los chinos, le causan a uno cuando se pone en plan de meditar la vida.

Yo no le hice tanto caso como de cierto acostumbraba yo a todo: el pleito constante en mi adolescencia con mi madre, los reñaños en el bachillerato, y ahora, el ponerme tristón porque estoy enamorado de una mujer casada. —¡Por Dios! —me decía—, ¿a ti qué se te va a hacer?

La última vez que la vi fue saliendo del teatro, donde mientras, según me dijo, estaría ensayando una adaptación navideña del Rey Lear de Shakespeare. «¿Cómo se puede adaptar algo así?» Me pregunté yo. Me había dicho que su esposo, amigo mío en realidad, le había otorgado delimitadas y específicas licencias para que me invitara a acompañarla a su salida; porque tenía miedo que con el comercio tan activo por estas fechas la fueran a confundir tal vez con una vendedora que acababa de hacer corte de caja. Su esposo no me lo pidió a mí, según también ella, porque esa tarde había salido ya con prisa porque se estaba demorando para el trabajo.

—¿Y si vemos el arbolote de la ciudad? —me preguntó. No sé con qué formas y en qué momentos la acostumbre a mi servil y complaciente cariño; lo ignoraba, pero obedecer a cualquiera de sus caprichitos, debo decirlo, se había vuelto desde que la conocí, en una de las favoritas opciones que mi alma escogía para comunicarme que estaba vivo.

Allí en la noche fría, entre el tumulto de personas y el tránsito de ánimos por nuestros costados; recargó su cabeza en mi hombro como siempre lo hacía, y pude ver, cuando de atisbo giré mis ojos, las artificiales luces verdes reflejándose en sus lentes.

Me dijo que el día veintitrés se estrenaría su obra y que por supuesto estaba yo invitado. —¿Pero no le incomodaría eso a tu esposo? —le pregunté con verdadera intriga. Es que ese hombre, con quien compartíamos amistad, se aparecía de pronto y con la misma inercia se iba. Muchas veces no estaba en la ciudad, y yo por condescendencia, con la pretensión de no hacerle sentir que su marido no la procuraba, reprimía mi pregunta encaminada a saber dónde estaba él. Muchas de nuestras grandes conversaciones, debe saberse, se conformaron más que por hermosas palabras, por dulzores silencios. ¿Por qué casi no lo mencionaba? Esa fue la pregunta que a veces me hacía pensar que aquella condescendencia no era en realidad lástima, sino que simplemente yo no preguntaba por el hombre porque no quería escucharla hablando de él.

Alberto concurría en mi opinión de que algo oscuro sucedía. Me dijo que fuera a la obra, que guardara mis límites y reservara mis impulsos; sin embargo, la verdad, contener los deseos, a pesar de ser una decepción para la libre humanidad, era algo que había aprendido yo a hacer con tanta pericia. Eran las cuatro de la tarde y yo estaba comiendo con prisa, casi sin comer. La cita era a las nueve, pero desde las seis yo ya estaba esperando, y escogiendo mi ropa, y dándome cuenta que todo lo que en mi clóset tenía se conformaba por harapos que había sabido ocultar bien por los abrigo que el frío nos obligaba a usar. Me di cuenta que algo tan importante para ella, como actuar esa noche, no merecía que me presentara con el pantalón chino tan deslavado que tenía ni con la raída camisa verde que para formalidades usaba; entonces me dirigí a las siete rumbo al bazar que me quedaba cerca; lo siguiente me avergonzó para toda la vida, pues le rogué con las palmas juntas a la señora del negocio, que me vendiera a crédito una camisa blanca seminueva y un pantalón chino color caquí. Corrí olvidándome por el momento de aquel drama. Llegué directo a la regadera, y cuando eran las ocho en punto, el perfume me cayó en la boca e hice una mueca infantil; timbró mi teléfono, y reconocí la voz del esposo de ella, mi amigo, quien con tanta calidez me dijo —¿Hola?, ah, sí, quería decirte que no te apresures, disculpa la molestia de veras, pero conseguí que me dejaran salir temprano de la chamba como regalo de navidad anticipado. ¿Cómo ves? bueno, las cosas que hace uno por las mujeres fastidiosas, ¿no? Como sea, ¿ya pusiste tu árbol? Por cierto, a ver si pronto vamos a ver el arbolote del centro. Adiós —me dijo.